

XXII. MATRIMONIO Y VIRGINIDAD

19 de Diciembre de 1984

Muy queridos todos en SM:

Finalmente me he decidido a escribirles sobre el *matrimonio* y la *virginidad*. Me corrijo: la decisión ya estaba tomada desde que les mandé la carta de castidad, pero no llegaba la hora de pasar del dicho al hecho. Lo intenté varias veces, se los confieso, pero el resultado fue nulo. Hice hoy lo que debería haber hecho ayer y antes: pedirle encarecidamente a María que me enseñe y guíe mi mano. No en vano es ella virgen, esposa y madre.

Todos estamos llamados a amar

No esperen un buen tratado sobre el tema ni tampoco una exposición acabada e integral. Hay mucho y bueno escrito sobre el matrimonio: nuestro Papa actual es autor de talla; quien lea sus catequesis y su exhortación apostólica *Familiaris consortio* lo podrá constatar. También hay algo sobre la virginidad; podría haber más y (no me atrevo a decirlo) mejor.

Comienzo con unos balbuceos sobre el amor y la sexualidad en relación con el matrimonio y la virginidad. Trataré luego de ellos en particular, pasando del uno al otro por el puente del matrimonio virginal de María y José. La conclusión no está aún prevista.

Creados a imagen y semejanza de Dios Amor, hemos sido *llamados a amar*. El amor es la vocación innata de todo hombre. El que no ama no vive, o vive sin sentido. Vivir es amar y ser amado, participar vivamente en el Amor. Todos somos llamados a la santidad, y ésta consiste en amar como ama Dios.

Sabemos que hay dos caminos básicos para realizar nuestra vocación al amor: el matrimonio y la virginidad. Tanto el uno como la otra son concretización de nuestra verdad más honda: ser imágenes de Dios. El amor, en la libertad y verdad, nos hace personas.

En una carta anterior les dije ya algo del amor. Apenas me repito ahora: agrego. El amor es a la sexualidad como el alma es al cuerpo, ambos forman una unidad distinguible ordenada a la comunión.

Reciprocidad y gratuidad

El amor implica siempre reciprocidad y gratuidad. Es decir, amar para ser amado y amar sin esperar amor. Ahora bien, cuando observamos cómo se interrelacionan estas dos formas de amar en los casados y en los célibes, caemos en la cuenta que en la vida matrimonial se enfatiza más la reciprocidad que en el celibato o virginidad, y que en éste se da un estilo de vida caracterizado por la acentuación de la gratuidad. ¿Por qué es esto así? Sencillamente porque cada uno ha recibido de Dios un don particular al servicio de los demás.

Por otro lado, nadie ignora que la sexualidad es una fuerza unitiva al servicio de la persona, la cual está ordenada a la comunión. Recordemos que *ser persona es ser uno en relación*.

Apertura y encarnación para la plenitud del amor

Ahora bien, en el impulso de la sexualidad, que nos permite trascender nuestros propios límites, podemos distinguir dos aspectos fundamentales:

- Una *apertura* de fondo, vivida con características propias por el varón y la mujer, íntimamente asociada al amor sexuado y personal.

- Una *encarnación* que expresa y realiza dicha apertura mediante la genitalidad o el sexo, dando así lugar al amor carnal.

Los casados se encaminan a la plenitud de la sexualidad en cuanto apertura, es decir, a la perfección del amor, a través de la mediación carnal. Mediación que es asimismo condicionamiento, pues la materia necesariamente limita. La ayuda de Dios y la ascesis conyugal permiten someter y encauzar la violencia y ceguera del instinto hacia la donación generosa y creativa que sortea la autosatisfacción egoísta.

Quienes se consagran a Dios en el celibato o virginidad tienden asimismo hacia la plenitud del amor y, por consiguiente, de la sexualidad. Pero lo hacen de un modo diferente al de los casados: dejan de lado la ayuda y, por lo mismo, las limitaciones de la carne. Sacrifican ciertas manifestaciones de la sexualidad y del amor, a fin de actuar al máximo la apertura fontal y la relación con Dios y los hombres. La gracia y la disciplina permiten sortear los riesgos que este camino implica: compensaciones enmascaradas, integración parcial de pulsiones, sequedad de corazón...

1. MATRIMONIO

El matrimonio, búsqueda y encuentro de Dios

Bien, baste ya con lo dicho. Comencé indicándoles cómo el casado y el célibe o la virgen están llamados a vivir el amor y la sexualidad. Continúo ahora con el *matrimonio*. Escribo como desde afuera, a los novios, novias y casados, para que oigan también las vírgenes y los célibes.

Lo que me interesa decirles es esto: el matrimonio cristiano es *lugar de búsqueda y encuentro con Dios*. El amor de los cónyuges, por la gracia del sacramento, ha de encarnar y obrar lo que significa: el amor fecundo de Cristo a su Iglesia (cf. Ef. 5:21-33).

Permitan que me explique un poco más. El matrimonio, cualquier matrimonio, es una realidad creada de naturaleza sacramental: remite a otra realidad, envía al misterio de Dios. Es que todo amor interpersonal auténtico, que ha alcanzado su propia hondura moral, es asumido por Dios. San Juan, inspirado por el Espíritu, nos dice: “El que ama conoce a Dios” (I Jn. 4:7-8); y San Agustín concluye: “Dios es amor, el amor con que nosotros mismos amamos” (*Sobre la Trinidad*, VIII, VIII:2).

Con el amor de Cristo

Ahora bien, lo propio del matrimonio cristiano, en cuanto sacramento, es revelar todo el alcance y sentido contenido en el orden creado del amor sponsal. El matrimonio cristiano revela el misterio último del cual es signo eficaz: el amor con que Cristo nos ama y se nos entrega.

Sin temor a exagerar, me atrevo a decir a los casados: por la gracia del sacramento, el amor de ustedes ha sufrido una transformación ontológica y ha sido asumido, orientado, enriquecido y consagrado por la unión de amor entre Cristo y la Iglesia (cf. Comité para la Familia, *El misterio del matrimonio*, (19-IX-76). El misterio de la nueva alianza despliega su energía en sus vidas: no sólo se aman *como* Cristo ha amado, sino con el *mismo* amor de Cristo, ya que les es concedido su Espíritu. Por si no he sido claro o por si mis palabras suscitan dudas o sospechas, acudo a un testigo clarificado:

“En la misa, por el ministerio del sacerdote, el Espíritu del Señor hace del pan y del vino el cuerpo y la sangre del Señor. En y por el sacramento del matrimonio, el Espíritu del Señor puede hacer del amor conyugal el amor mismo del Señor; si los esposos se dejan transformar,

pueden amar con el corazón nuevo prometido en la alianza nueva” (Juan Pablo II, Discurso del 23-IX-82, a los Equipos de Nuestra Señora).

¿Qué más puedo decirles? Poco o nada. Opto por poco. El matrimonio es un sacramento de la fe, es decir, como nos enseña el catecismo, un signo sensible y eficaz de la gracia. Pero, ¿en qué consiste este *signo*? Importa saberlo, pues donde está el signo está la gracia, está Cristo.

“Signo del amor de Cristo”

Todos saben que los ministros de este sacramento son los mismos esposos. Esto nos da ya una pista. El signo fundamental del sacramento matrimonial está en el *consentimiento mutuo* de los esposos. Pero ¡atención!, el sacramento no se reduce ni se identifica sin más con el mutuo sí que sella la alianza matrimonial. Este acto o ceremonia, de por sí transitorio, establece a los cónyuges en una realidad sacramental permanente: el don de Cristo acompaña a los esposos a lo largo de toda su vida (cf. *Familiaris consortio*, 57).

El mutuo consentimiento supone una decisión deliberada, fundada en el amor, en vista de edificar una comunión amorosa y fecunda para toda la vida. Por medio del mutuo sí, deciden hacerse “dos en una sola carne”, dos en una sola persona conyugal. Ustedes mismos, mutuamente donados, conscientes de su realidad corporal, vinculada a la masculinidad y femineidad, son el contenido del consentimiento matrimonial (cf. Juan Pablo II, Catequesis del 5-I-83 y siguientes).

De lo que antecede se desprende una sencilla consecuencia, ¿la han captado? Las palabras, actos y actitudes que renuevan o aumentan la mutua ofrenda de sí mismos participan de la causalidad instrumental del sacramento. Ustedes, en cuanto esposos, son mutuos mediadores, de quienes Cristo se vale para comunicar su gracia y amor; son agentes de mutua santificación a lo largo de todas sus vidas (cf. *Lumen gentium*, 11; *Apostolicam actuositatem*, 11).

Volviendo a la pregunta antes formulada: ¿en qué consiste el signo del matrimonio cristiano? La realidad significada es el amor de Cristo a su Iglesia, pero ¿cómo se significa ese amor? Respondo que este amor se significa mediante:

- el amor conyugal,
- la fecundidad creativa,
- la comunidad familiar,
- el servicio de la familia a la sociedad.

Me detengo en los dos primeros signos; uno y otro son expresión de la doble realidad implicada en el matrimonio según el designio de Dios: unión y procreación. Ya les escribiré más adelante de los otros, si el Señor lo sigue queriendo.

Amor humano, total, fiel y fecundo

La verdadera naturaleza y nobleza del *amor conyugal* se revelan cuando éste es considerado en su fuente suprema: Dios, que es Amor. Y a la luz del amor de Dios hecho hombre aparecen claramente las notas y exigencias propias del amor esponsal:

- Amor *plenamente humano*: sensible y espiritual al mismo tiempo. No una simple efusión del instinto y del sentimiento, sino también y principalmente un acto de la voluntad, destinado a crecer de forma que los esposos se conviertan en un solo corazón y alcancen juntos su perfección humana.

- Amor *total*: se trata de una singular forma de amistad interpersonal en la que se comparte todo, sin reservas indebidas o cálculos egoístas. Y no se ama sólo por lo que se recibe, sino por el otro mismo, con el gozo de poder enriquecerlo con el don de sí. Solamente por medio de esta entrega plena se podrá alcanzar la:
 - Unión de caracteres: en la que se da la mutua complementariedad que enriquece a cada uno con la personalidad del otro.
 - Unión de corazones: en la que se acepta no ser amado tal como se ama.
 - Unión de inteligencias y voluntades: que permite servicios diversificados en proyectos comunes.
 - Unión de espíritus: enriquecidos por el contacto a solas con Dios, que redundará en el bien de la búsqueda conjunta.
- Amor *fiel y exclusivo*: el uno para el otro hasta la muerte. Fidelidad que puede resultar difícil, pero que siempre es posible, noble y meritoria, connatural al matrimonio y fuente de felicidad profunda y verdadera para toda la familia.
- Amor *fecundo*: que no se agota en la comunión conyugal, sino que la trasciende y prolonga suscitando vida (cf. Pablo VI, *Humanae vitae*, 8-9; Juan Pablo II, Homilía del 2-V-80, durante la misa para las familias en Kinshasa).

Si marido y mujer, cooperando con el Espíritu, convierten el *acto conyugal* en verdadero medio de donación personal, en culmen de su diálogo afectivo y fundamento del amor que seguirá, en entrega que busca con generosidad la felicidad del otro, entonces este acto corresponderá al momento de “máxima densidad sacramental de su vida matrimonial”. Ningún otro gesto o acto podría reflejar mejor la misteriosa comunicación de amor espiritual-corporal que Cristo vive con su Iglesia (Equipo teológico pastoral del CELAM, *La familia a la luz de Puebla*, II.2.4.1.)

Un amor difícil

Pero la vida demuestra que no pocas veces los cónyuges quedan desilusionados, con respecto a lo que principalmente se esperaba. El gozo de la unión trae también aparejadas las “tribulaciones de la carne” (I Cor. 7:28). Muchos de ustedes lo saben mejor que yo: el amor conyugal es un amor difícil.

¿O es acaso fácil personalizar y llenar de espíritu lo que es instinto y pasión, coordinar impulsos divergentes y diferencias caracterizantes de cada sexo en el modo de amar, superar la posible rutina, mantener abierto el amor a fin de no enterrarlo en un placentero egoísmo de a dos, impedir que el lenguaje del cuerpo se convierta en monólogo? Ya sospechan lo que de acá se concluye: ¡no hay amor sin ascesis!

En efecto, se precisa mucho realismo, paciencia, perdón y diálogo para no naufragar. *Realismo*: a fin de no sobrevalorar ni desestimar el ámbito de las relaciones íntimas. *Paciencia*: pues la castidad conyugal es un don que reclama una ardua y prolongada conquista, escalonada quizás de retiradas o derrotas. *Perdón*: dado que todo amor precisa, al menos, disculparse por no amar como debiera. Y *diálogo*: porque no hay comunión sin genuina comunicación.

Es verdad, el matrimonio es comparable a una montaña muy alta que sitúa a los esposos muy cerca de Dios. También es verdad que la ascensión exige tiempo, esfuerzo y fatiga. Pero, ¿podemos

por esto suprimir o achicar su altura? Por lo demás, que nunca aniden en sus corazones la angustia o el miedo o la desesperanza. ¡El Evangelio es gozosa noticia, exigente, pero hondamente liberadora!

En la *eucaristía*, cuerpo de Cristo entregado y sangre suya derramada, podrán encontrar el alimento apropiado que fortalezca el mutuo don de sí mismos. El único pan y la única copa harán de ustedes un solo cuerpo. El amor conyugal, así renovado por el Espíritu de Cristo, se convertirá en caridad divina. El matrimonio será como una eucaristía: memorial viviente del amor fiel y sacrificial de Cristo por los hombres.

Fecundidades del amor conyugal

La *fecundidad* es el fruto y el signo del amor conyugal, el testimonio irrefutable de la entrega plena y recíproca. Quien ama, se da, y quien se da, fecunda. El amor y la fecundidad son inseparables.

La primera fecundidad del amor es el *mutuo enriquecimiento* personal fundado en la amistad. Si son amigos entre sí, si se estiman afectuosamente en un plano de igualdad y si comparten valores, experimentarán una peculiar intimidad. La amistad crecerá en la medida en que los valores compartidos sean más nobles: el amor a Dios de cada uno, en mutua solidaridad, intensifica la intimidad.

La amistad en Dios integra y trasciende las necesidades y deseos eróticos y genitales; permite sentir una profunda ternura y respeto mutuo y abstenerse de relaciones sin sentirse frustrados. Sólo así los tiempos de abstinencia sexual no serán tiempos de vacío y tensión, sino de profundización interpersonal y espiritual (cf. I Ped. 3:7; I Cor. 7:5-7). Esta amistad fecunda no es algo neutro y vaporoso, sino una realidad sexuada, consistente y liberadora. Cuando se es capaz de intimidad sin necesidad compulsiva de unión sexual, se puede entonces alcanzar en ésta esa plenitud y gozo que es fruto de la libertad que ama en la verdad.

El amor conyugal fecundo es un servicio a la vida, y la forma más inmediata y propia de este servicio es la *generación y educación* de hijos. Esta fecundidad física y pedagógica es corona de la espiritual. Mediante el recíproco don del hijo, los esposos se convierten mutuamente en padre y madre.

La naciente familia es como un sacramento vivo del misterio trinitario, donde el mutuo amor de las dos primeras personas se personifica en una tercera. La familia es imagen de Dios, pues Dios en su misterio más íntimo es familia. A través del amor paterno y materno hacia los hijos, en quienes vive Cristo, “se desliza el amor del Padre a su Hijo muy amado” (Pablo VI, Discurso del 4-V-70, a los equipos de Nuestra Señora).

Quizás lo que antecede les suene a delirio de célibe. Créanme, no ignoro que los niños ensucian pañales y lloran de noche impidiendo dormir... Soy también muy consciente de que la fecundidad física del amor puede ser causa de problemas harto angustiosos y exigir heroísmos insospechados. Una vez más, no es fácil ser servidores del plan amoroso y creador del Padre Dios. Mantener íntimamente unidos el significado unitivo y procreativo del amor conyugal es tarea que demanda profunda docilidad al Espíritu y activa cooperación con él. Pero, no lo olvidemos, la cruz abrazada es siempre fuente de resurrección. Ya lo hemos charlado otras veces y lo volveremos a charlar (cf. *Familiaris consortio*, 31-35).

La fecundidad del amor de Cristo es universal, no conoce fronteras. De igual modo, la fecundidad del amor conyugal ha de rebasar los confines de la pareja y del hogar, y alcanzar a la Iglesia y el mundo. La fecundidad espiritual, física y pedagógica se proyectan así en fecundidad *eclesial y social* (cf. *Familiaris consortio*, 28, 41 ss.)

La familia de cada uno de ustedes ha recibido de Dios una misión propia y original: *anunciar a todas las gentes el evangelio del amor conyugal y familiar*.

Como pueden ver, aunque los hijos, tan deseados muchas veces, faltan, sigue en pie el matrimonio como intimidad y comunión total de vida. Y esta comunión, por lo demás, jamás es estéril.

José y María, los bien casados

Y estamos ya a mitad de camino, cruzando el puente, tal como se lo había anticipado. Se impone media palabra sobre el *matrimonio de María y José*. Nos concierne a todos, casados y célibes, vírgenes y novios.

En los umbrales del Nuevo Testamento, como en el dintel del Antiguo, se yergue un matrimonio único y original. Así como del matrimonio de Adán y Eva se desencadenó el mal que pesa sobre todos los hombres, de igual forma, del matrimonio de María y José fluyó la santidad redentora. Jesús, el Salvador, comenzó su obra desde este matrimonio virginal y manifestó así su voluntad de santificar, ante todo, la familia, santuario y cuna de la vida.

Algunos dudaron cierta vez de la autenticidad de este matrimonio. Pero según la tradición eclesial ningún matrimonio ha sido más auténtico y original que éste. Se da en él una nueva pertenencia y un amor totalmente personal. Dios mismo lo consumó mediante una concepción que le dio su plenitud definitiva; Dios engendró y fue engendrado; por eso quedó sellado con una virginidad plena y perenne.

María y José encontraron en esta alianza y en su fruto la misión que daría sentido a toda su existencia. De este matrimonio se puede afirmar que fue expresamente querido por Dios: “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo” (Mt. 1:20).

Se los puedo asegurar, nunca me canso de contemplar la maravilla de gracia obrada por Dios en el matrimonio de María y José. Encierra en sí, al mismo tiempo, el misterio de la perfecta comunión de personas, de un hombre y una mujer en alianza conyugal, y el misterio del peculiar don de la virginidad por el reino de los cielos. Virginidad y matrimonio que sirvieron, en la historia de la salvación a la más sublime fecundidad del Espíritu Santo.

En el mutuo amor entre María y José, la realidad significada por todo matrimonio, el amor de Cristo a su Iglesia, se hizo presente en forma patente: ¡el mismo Cristo, encarnado, amando a María y José, primera Iglesia doméstica!

2. VIRGINIDAD

Virginidad y celibato por el Reino

Y ya estoy en este otro lado del puente. Ahora les escribo desde dentro, a los célibes y vírgenes consagrados, para que escuchen también los viudos, viudas y casados. Soy consciente de que me dirijo a los menos de entre nosotros, por eso he ampliado el auditorio: la vocación a la *virginidad por el reino* es un tipo de excepción a aquello que es regla común de esta vida.

Me impongo, ante todo, una *opción de términos* y una *reducción temática*. Siempre es verdad que quien mucho abarca poco aprieta.

Hasta ahora he venido hablando de virginidad o celibato. Y lo seguiré haciendo aunque conozco otros posibles términos. Las resonancias femeninas de la palabra virginidad se complementan con las notas masculinas del término celibato. Y no sólo me refiero a una integridad física, sino también a la realidad íntima recuperada por la penitencia, o bien ofrecida a Dios en la viudez.

Admito, además, que el celibato o virginidad tienen sentido en sí mismos, son camino de personalización masculina o femenina; la historia de la humanidad permite comprobarlo. Pero ahora me interesa tratar de ellos en cuanto acontecimiento salvífico, es decir, virginidad o celibato abrazados por el reino de los cielos, por causa del evangelio, por Jesús el Señor.

Y esta virginidad o celibato pueden vivirse en diferentes estados de vida, lo cual implicará diferentes expresiones y estilos: laical, religioso, sacerdotal. No obstante, los fundamentos o exigencias son siempre los mismos, y es esto lo que me interesa destacar.

Jesús, el fundamento

Elegidos los términos y circunscripto el tema, lo abordo sin más. El *mensaje* es éste: la vida célibe de Jesús es el fundamento de la vida consagrada en virginidad o celibato. Y no hace falta decirles que esta vida consagrada es lugar de búsqueda, hallazgo e identificación con Jesús. Pero denme unos minutos y se los explico en más detalle.

Es un hecho incontestable que Jesús fue célibe. Los evangelistas no lo dicen explícitamente, no había necesidad de afirmarlo: lo evidente es explícito en sí mismo. Abro las Escrituras y me detengo en algunos textos significativos: Jesús es presentado en ellos como un hombre que vive para el Padre y los hermanos.

¿Recuerdan la primera palabra de Jesús que consignan los Evangelios? Están dirigidas a María y José, que lo habían perdido y lo encuentran finalmente en el Templo: “¿No sabíais que yo debía estar en casa (dedicarme a las cosas) de mi Padre?” Desde temprana edad, Jesús afirma tener a Dios por Padre y reclama para él relaciones superiores a las de cualquier familia humana. Sus padres no comprendieron, María conservó todo esto en su corazón (Lc. 2:41-52).

Siendo ya maestro itinerante, un buen día, los fariseos le reprochan comer con pecadores, y los discípulos del Bautista están perplejos porque no observa los ayunos tradicionales. Las palabras de Jesús en respuesta suenan aún hoy desconcertantes: “¿Pueden acaso los invitados a la boda ponerse tristes mientras el esposo está con ellos?” (Mt. 9:15; cf. Jn. 3:29). El esposo del pueblo ya no es Yahvéh (cf. Os. 2:21-22; etc.), sino Jesús; él dará la vida y entregará su espíritu para que su esposa viva. Jesús ama a todos los hombres y viene a despertar en ellos un amor totalmente nuevo.

Otro día, Simón, un fariseo, lo invita a comer a su casa. Durante el banquete sucede algo inesperado. Una conocida prostituta se acerca a Jesús y “comenzó a llorar y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba, besaba sus pies y los ungía con el perfume”. El dueño de casa se escandaliza y hasta pone en duda los carismas del Maestro. Jesús, tranquilo, acepta estas manifestaciones, bien femeninas por cierto, de arrepentimiento y cariño, y le perdona todos sus pecados por sus muchas muestras de amor. El corazón virgen acoge y libera al corazón perdido que supo encontrarlo. Pocas mujeres han de haberse sentido alguna vez tan femeninas como aquella tarde esta rica pecadora (Lc. 7:36-50).

Está Jesús en la casa hablando a la muchedumbre, lo buscan su madre y sus hermanos. Alguien le advierte: “¡Oye!, ahí fuera están tu madre y tus hermanos que desean hablarte”. Jesús responde: “¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos? Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: Éstos son mi madre y mis hermanos; pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”. Los parientes de Jesús se habrían de integrar en una comunión más amplia, en una nueva familia cuyo vínculo vital sería la unión con él. Totalmente abierto a cada uno de nosotros, Jesús nos acoge y se nos da, pero no para poseernos, sino para entregarnos al Padre (Mt. 12:46-50).

En la noche de los adioses, Jesús se mostró solemne y tierno a la vez. Sus palabras me conmueven: “Hijitos..., os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros... Creedme, yo estoy en el Padre y el Padre está en mí..., yo pediré al Padre y él os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre... No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer... Volveré a vosotros y se alegrará vuestro corazón...” (Jn, 13-16). Y en la intimidad creada por su grave y cálida palabra, entrega la impotencia de su muerte y la potencia de su resurrección, el don total de su vida, al igual que un hombre se da a su esposa, y nos hizo así santos e inmaculados (cf. Mt. 26:26-29; Ef. 5:25-27).

Ahora está resucitado. Se le aparece a la discípula que lo amaba como ninguna. Al sentirse llamada –“María”– lo reconoce: “¡Maestro!”, y lo abraza, echándose a sus pies. Pero Jesús no quiere ser retenido, desea subir a su Padre: “No me toques, que todavía no he subido al Padre; pero vete donde están mis hermanos y diles: subo a mi Padre y a vuestro Padre”. Este encuentro, al igual

que aquel otro en casa de Simón, muestra algo de la capacidad de Jesús para recibir un amor apasionado, transformarlo internamente y elevarlo al plano de la caridad sin hacerle perder nada de su humana riqueza (Jn. 20:11-18; Mt. 28:9). Y vuelto Jesús a su Padre, nos atrae hacia él para celebrar el banquete de bodas del Cordero (Apoc. 14:1-5).

Célibe: hijo de Dios y hermano de todos

¿Qué nos están diciendo estos textos? Jesús no fue padre ni esposo como tantos otros hombres. Pero esto no menoscabó su plenitud y envergadura humana. Se plenificó y personalizó acabadamente mediante sus relaciones de Hijo de Dios y hermano de los hombres. Su celibato fue una *profecía viviente de filiación y fraternidad*. Y éstas son precisamente las dimensiones constitutivas esenciales de la nueva alianza del reino de los cielos, que Jesús predicó, vivió e inauguró con su entrega. El celibato de Jesús, en palabras de Pablo VI, “significa su dedicación total al servicio de Dios y los hombres” (*Sacerdotalis coelibatus*, 21).

Muy bien, Jesús fue célibe por el reino de los cielos. Pero, *¿nos invitó e invita a seguirlo en esa opción?*

La invitación de Jesús sólo se puede interpretar correctamente en el ámbito de su vida. Los textos evangélicos sobre la virginidad se hacen comprensibles a la luz de la opción virginal de Jesús.

No es ahora el momento de presentar e interpretar todos los textos. Baste decir algo sobre el principal de entre ellos: el que se refiere a quienes se hicieron eunucos por el reino de los cielos.

Una poderosa irrupción del Reino

El famoso pasaje de Mateo (19:10-12) ha conocido diversas interpretaciones. Entre ellas hay dos que se van imponiendo. Unos lo tratan como un texto fundamental para el estado de virginidad. Para otros, la frase de Jesús no hace sino remachar la indisolubilidad del matrimonio, de la cual se viene hablando en todo el pasaje. Me parece que es posible una síntesis de ambas opiniones.

Dado que el texto en cuestión no aparece en los otros evangelios, ha de ser interpretado en la óptica exclusiva de Mateo. Por el contexto, puede referirse a la indisolubilidad matrimonial.

Pero, dado que San Mateo suele reunir los dichos de Jesús en discursos según semejanza temática, sacándolos del contexto original y modificando su significado primitivo, podemos suponer –con bastante fundamento– que esta frase tuvo vida independiente antes de su ubicación actual en el evangelio. Las palabras referidas pudieron, entonces, haber sido pronunciadas por Jesús en referencia a aquellos que, habiendo recibido el don, se sienten incapaces (eunucos) de casarse, a fin de dedicarse totalmente al reino: ¡es que el reino ha irrumpido poderosamente en sus vidas! Obviamente entre estos eunucos Jesús ocupa el primer lugar (cf. Juan Pablo II, Catequesis del 10-III-82 y siguientes).

Signo de la vida resucitada

En síntesis, el dato evangélico nos dice: la virginidad, siempre tratada junto al matrimonio, implica una vocación o gracia y una renuncia o disponibilidad (cf. Lc. 18:29-30); es un anuncio y realización, ya desde ahora, de la resurrección futura (cf. Lc. 20:34-36); todo en vista y función del reino de Dios.

Jesús, por consiguiente, con su vida y palabra, invitó al seguimiento virginal. Y su invitación fue muy pronto escuchada. Desde la época apostólica ya hubo vírgenes en la Iglesia, comenzando por Cesarea (cf. Hech. 21:9).

Y San Pablo, en el capítulo séptimo de su primera carta a los corintios, cuya lectura y estudio les recomiendo, da directrices bien concretas sobre la cuestión del matrimonio y la virginidad. Su enseñanza puede resumirse así:

- *Profecía del mundo futuro*: la virginidad es profecía personalizada; proclama la desaparición de este mundo y la venida de la futura y definitiva condición del hombre. Recuerda la actitud a guardar con respecto a este mundo fugaz (I Cor. 7:29-31; cf. Gál. 3:27-28; Lc. 20:34-36; Mt. 22:30-31; Mc. 12:24-25).
- *Libertad evangélica*: el célibe se ocupa de todas las cosas, pero desde la perspectiva del Señor resucitado; no se estanca en la condición actual de la vida; no considera el gozo conyugal y el bienestar familiar como fines absolutos. El célibe agrada al Señor pues busca identificarse plenamente con sus criterios y con sus intereses apostólicos y amor universal (I Cor. 7:32-34).
- *Carisma preferencial*: la virginidad es un don que se debe preferir, pero no imponer, lo cual iría contra la misma naturaleza del don. Ella participa más hondamente de la situación del Resucitado; por eso, considerado en absoluto, este don es preferible al don del matrimonio (I Cor. 7:7, 9, 38; cf. Mt. 19:12; Juan Pablo II, Catequesis del 23-VI-82 y siguientes).

¿Algo más? Sí, podría seguir con el testimonio constante de la tradición a lo largo de los siglos. Hasta podría entregar mi propio testimonio: hace más de veinte años, en una alborada invernal, me encontré cara a cara con el Resucitado, me tocó con su poder y el reino irrumpió en mi vida con toda su fascinación... Mi celibato actual encuentra aún hoy en esto toda su explicación. Pero no hace falta que me detenga aquí, menos aún en mí. Sigamos adelante.

Vocación y riesgo

La virginidad o celibato por el reino, al igual que el matrimonio sacramental, es un don para edificar la Iglesia. Pero los regalos de Dios no excluyen el trabajo de recibirlos y hasta pueden vivirse, por momentos, como *dones de una conquista*. Aunque siempre es él quien inicia, acompaña y corona la obra.

El don de la virginidad no es para todos, requiere una llamada especial del Señor. Y no deja de ser siempre un *riesgo*, y hasta un peligro, si se apagase la llama de la total donación a Dios, o si faltasen la proyección universal y la paternidad o maternidad en el Espíritu.

Lo acabo de decir y lo repito: el camino en virginidad no está exento de riesgos. La renuncia a la complementariedad de la pareja y a los frutos de este encuentro puede conducir al amortecimiento de la vitalidad, abortando la entrega del propio ser en ofrenda. Dejar de lado las expresiones más inmediatas y tangibles del amor puede ser causa de monotonía afectiva y autorrepliegues. El apetito sexual, no saciado mediante sus expresiones propias, puede impulsar inconscientemente a la búsqueda de otros alicientes infantiles y compensatorios. Quien está llamado a amar a todos sin exclusividad particular puede concluir no amando a nadie realmente. Y los detractores de la virginidad podrían alargar la lista.

El corazón del célibe y de la virgen pueden sentir los tormentos de la soledad. Cuando el corazón está vacío pueden despertarse con inusitada vehemencia deseos de amar, y no sólo en la fe, sino también en la carne. ¿Hemos de maravillarnos por esto?

¡Nunca nos olvidemos que somos humanos! Más de una vez sentiremos deseos de abrazar y ser abrazados, amar y ser amados; el placer sexual nos atraerá con sus encantos. En estas circunstancias, lo más importante es recibimos como somos, varones y mujeres con necesidades, afectos y cuerpos. Esta es precisamente la hora de aceptarnos tal como Dios nos creó.

En todos estos casos lo que cuenta no es el hecho de sentir o no sentir, sino qué hacemos con estos sentimientos. ¿Los sabemos aprovechar para crecer en el amor que corresponde a una vida en virginidad o celibato? ¿Nos volvemos a María y José en busca de ayuda? ¿Renovamos nuestra alianza con Jesús? ¿Nos entregamos a quienes puedan tener más necesidad de amor que nosotros?

¿O, por el contrario, procuramos llenar el vacío con ocupaciones desordenadas, posesiones superfluas y...?

Amor virginal, amor hasta la cruz

Importa saber que el amor es mucho más que algo meramente sentimental. Es sobre todo una realidad intencional, es decir, una determinación de amar, incluso al precio de la cruz. Más de una vez se sentirá a Jesús lejanísimo, se añorará la presencia de una mujer o de un hombre, de un esposo o esposa, y de hijos. Estos sentimientos no son indicios de falta de vocación o de infidelidad; indican sencillamente que somos de carne y hueso y, a Dios gracias, normales.

Lo que antecede no es cosa mía. Me lo enseña la madre Iglesia, experta en humanidad. “No hay que considerar como contradictoria la inclinación del joven al matrimonio y a la familia, incluso el que le resulte dolorosa la renuncia. El sacrificio puede hacerse sentir por toda la vida y, sin embargo, no constituye prejuicio para el estado virginal, si la exclusividad de la dedicación a Dios se vive con pleno consentimiento. El celibato es una invitación de Dios, que puede costar aun el sacrificio de una fuerte propensión al matrimonio” (Sagrada Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal*, 48; cf. 49).

En fin, espero haber sido claro. Caso contrario, abran bien grandes los ojos ahora. Quien ha conocido y creído en el amor divino, jamás ha de desesperar de él. Nada de temores o miedos paralizantes, ni siquiera cuando habiendo caído nos encontramos en lo hondo del pozo. El camino evangélico de la virginidad en seguimiento de Jesús no se rige por el mero equilibrio de una calculada prudencia, sino por la fe viva que enamora.

El testimonio de una Virgen grande

No es fácil *amar virginalmente* con un corazón de varón o mujer. Pero es bien posible cuando se está enraizado en Dios. Teresa de Ávila es también maestra en este arte.

La vida de Santa Teresa fue un conflicto de amor; mientras no se dio por entero a Dios, la tuvieron maniatada los amores de este mundo. Ella misma nos lo confiesa: “Teníanme atada las cosas del mundo...; no andaba el espíritu señor sino esclavo” (*Vida*, VII:17; cf. VIII:2, 11, 13; IX:7). ¡Por falta de arraigo en el amor sponsal a Cristo, los amores humanos arrasaban su vida!

Pero el día en que Teresa, con todos sus encantos, se centra en Jesús, puede amar con todo su ser de mujer, desde él y hacia él. Con los ojos puestos “en su esposo” (*Camino*, II:1), podrá ya decir a sus monjas: “Buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos” (*Camino*, XI:4). Y dando todavía un paso más, concluirá unas atinadas reflexiones sobre el amor con estas palabras: “Si quieren, quieran” (*Camino*, VII:2).

No nos llama entonces la atención que un 9 de enero, corriendo el año de 1577, le escriba al Padre Gracián en términos como éstos: “Bien puede estar sin pena, que el casamentero (Dios) fue tal y dio el nudo tan apretado (de la mutua amistad) que sólo la vida le quitará, y aun después de muerta estará más firme, que no llega a tanto la bobería de la perfección (espiritualidad desencarnada), porque antes ayuda su memoria a alabar al Señor” (*Carta* 172:7).

¡Sublimar no es negar, sino asumir; no es destruir, sino construir; no es condenar, sino coronar!

Pero que nadie se engañe: todo lo que impida la libertad de corazón y la apertura universal del amor está de más. Les prometo volver algún otro día sobre este tema de las amistades heterosexuales entre personas consagradas.

Vida para Cristo

Por lo que antecede, ya se habrán dado clara cuenta de que no hay amor virgen sin ascesis, sin soledad integradora y solidaria, sin discernimiento de motivaciones, sin creatividad y servicio, sin profundo amor a Jesucristo, sin eucaristía.

Pero me limito a subrayar ahora aquello que me parece más importante, lo que la vida me ha enseñado. Generalizo mi propia situación, pues mi vivencia individual es instancia de una vivencia general y común.

Soy célibe por *amor a Jesucristo*, amor alimentado cotidianamente con su palabra evangélica que me revela el misterio de su persona y acción. No sé qué sería de mí sin esta relación afectuosa, creyente y fiel con Jesús resucitado.

Sigo siendo célibe y me siento contento de serlo, pues, desde él, con él y hacia él, trato de servir al que está cerca y de abrirme al que está lejos, haciéndome prójimo de todos. Servir creativa y recreativamente. Recreando también mi propio yo al dejarme crear por otros. Abierto siempre a la novedad del Espíritu, a lo inédito, a otras posibilidades.

Y, sobre todo, confío seguir siendo célibe gracias al Pan de cada día. Aquí está Jesús por entero. Su presencia ofrecida me deja sin deseos de otros encuentros, pues en él todo se encuentra.

Casi me he confesado. Pero, por favor, que nadie me crea justo. Sí, créanme justo, de los que caen siete veces al día.

Respuesta al amor que llama

Una vez más vuelvo a repetirlo, la virginidad o celibato abrazados por el reino de los cielos son respuesta a un llamado al amor. Se trata de una elección exclusiva, perenne y absoluta del único y solo amor de Cristo, a fin de participar más íntimamente en su vida y misión. Se trata de una vida en comunión con el celibato de Jesucristo.

Nuestro celibato y nuestra virginidad, así concebidos, son siempre *fecundos*. De la Virgen nació Cristo; de Cristo célibe nació la Iglesia; de la virgen Iglesia nacemos nosotros; y de los célibes y vírgenes nacen Cristo y la Iglesia.

En consecuencia, nos es fácil comprender por qué nuestros pastores han tenido siempre “en la más alta estima” este “precioso don de la gracia divina” (*Lumen gentium*, 42; cf. *Perfectae caritatis*, 12), y han defendido siempre su *superioridad* por razón del “vínculo singular que tiene con el reino de Dios” (*Familiaris consortio*, 16). No obstante, tanto el don de la virginidad cuanto el del matrimonio están subordinados al “eximio don” del martirio, supremo testimonio y prueba del amor (*Lumen gentium*, 42).

Matrimonio y virginidad son complementarios

Pero, atención, la virginidad por el reino no contradice la dignidad del matrimonio, sino que la presupone y confirma: virginidad y matrimonio son “dos modos de expresar y vivir el único misterio de la alianza con Dios” (*Familiaris consortio*, 16). Tanto el uno cuanto el otro son vocaciones necesarias y mutuamente *complementarias* en esta vida terrena. Los casados, las vírgenes y los célibes se necesitan mutuamente para que la Iglesia brille con toda su hermosura en un mundo que olvida, rechaza o desconoce el amor de Cristo (cf. Juan Pablo II, Catequesis del 14-IV-82).

Y ya siento que esta carta, de larga pasó a larguísima. Pero, aunque suene a excusa, el doble tema lo requería. Todavía más, hay que completar sus lagunas con otras fuentes. Se impone buscar aguas vivas. Las encontrarán en los siguientes documentos papales: *Sacra virginitas*, *Sacerdotalis coelibatus* y *Familiaris consortio*. Pero, sobre todo, lo que está y lo que falta hay que conjugarlo con las acciones de la propia vida. No dudo que José y María desean darnos parte en la suya.

Con un abrazo grande, todo y siempre en la Inmaculada de San José.

Bernardo

